

en la sociedad y en la Iglesia

El comienzo del curso 2026-2027, es una buena ocasión para que nuestra **Comunidad de Cristianos de Base de Gijón** examine su actuación y renueve su compromiso de fe y servicio. Es un momento propicio para valorar lo vivido, trazar nuevas metas y fortalecer nuestra cohesión comunitaria, profundizando así en la vocación que nos une y en nuestra misión transformadora en la sociedad y la Iglesia.

Nuestro horizonte está claramente definido. Más que preguntarnos hacia dónde queremos ir, debemos revisar cómo caminar y qué podemos hacer para que nuestro compromiso cristiano se traduzca coherentemente en nuestra vida, en la sociedad y en la Iglesia de la que formamos parte. La **Teología de la Liberación** que nos inspira nos impulsa a afrontar la problemática de la sociedad y de la Iglesia con la misión de contribuir, según nuestras posibilidades, a la realización de aquello que Jesús denominaba el **Reino de Dios**. No se trata, por tanto, de construir una comunidad más o menos satisfactoria para quienes la integramos, sino de implicarnos en la transformación de la realidad a la luz del Evangelio.

El Reino de Dios no es un territorio ni una institución religiosa. Es un proyecto de vida basado en la justicia, la fraternidad, la solidaridad y la dignidad de todas las personas, especialmente de quienes sufren la pobreza, la exclusión y cualquier forma de dominación. Asumir este proyecto nos sitúa necesariamente ante las estructuras económicas, políticas, sociales y religiosas que producen o mantienen esas situaciones de injusticia.

Las cosas están como están porque el sistema dominante está organizado en función de determinados intereses y relaciones de poder. Seguir a Jesús no puede significar estar al margen de esa realidad. Él mismo se enfrentó a los poderes políticos y religiosos de su tiempo y cuestionó prácticas y valores que se consideraban normales. El mundo actual presenta diferencias evidentes respecto al del siglo I, pero también importantes semejanzas: grandes potencias que ejercen su dominio, profundas desigualdades sociales, pobreza, exclusión, guerras y personas convertidas en víctimas de intereses económicos y políticos.

En este contexto cabría esperar que las Iglesias cristianas fueran un referente de transformación social y defensa de las víctimas. Sin embargo, debemos constatar que buena parte del cristianismo institucional ha terminado desarrollando una religiosidad, que Jesús denostaba expresamente, en la que normas, jerarquías, cultos, devociones y ceremonias ocupan con frecuencia un espacio mucho mayor que la preocupación por las personas.

Los Evangelios postulan algo muy diferente. Jesús no sitúa en el centro los lugares de culto, los rangos religiosos o las ceremonias, sino la atención al ser humano. La parábola del Buen Samaritano lo expresa con claridad. Mientras el sacerdote y el levita pasan de largo ante el hombre herido, es el samaritano, considerado un extraño, quien se acerca a él y se hace cargo de su situación. La enseñanza resulta especialmente actual. El herido al borde del camino tiene hoy muchos rostros: las personas sin hogar, quienes viven en la pobreza o la precariedad, los inmigrantes rechazados, quienes sufren explotación, las mujeres víctimas de violencia y, en general, todas aquellas personas que nuestra sociedad deja al margen.

Una Iglesia preocupada fundamentalmente por conservar sus estructuras, sus privilegios y sus formas tradicionales de religiosidad corre el riesgo de pasar de largo ante esas personas. Puede hablar de Dios, celebrar cultos y administrar sacramentos y, al mismo tiempo, alejarse de la dirección que señala el Evangelio.

El llamado **Sínodo de la Sinodalidad** puso de manifiesto esta contradicción. Se habló de escucha, participación, corresponsabilidad y necesidad de una Iglesia más abierta a la intervención del conjunto del pueblo cristiano. Pero el resultado del proceso ha mostrado las dificultades para transformar una estructura que durante siglos se ha organizado mediante una fuerte concentración del poder. El problema fundamental no es solamente la existencia de determinadas normas o procedimientos. Es la propia distribución de la autoridad. El estamento clerical ocupa una posición privilegiada en la organización eclesial y dispone de una capacidad de decisión muy superior a la del resto de los creyentes. Por eso, cualquier transformación profunda de la Iglesia tropieza necesariamente con la cuestión de quién tiene el poder y hasta qué punto está dispuesto a compartirlo.

En este sentido, el factor decisivo del fracaso del proceso sinodal puede encontrarse en la resistencia de las estructuras clericales a aceptar una verdadera transformación de su posición. No se trata de atribuir la misma actitud a todas las personas que forman parte del clero, sino de reconocer la existencia de una estructura institucional que concede a un estamento determinado una autoridad y unos privilegios que no proceden del mensaje de Jesús, sino de la evolución histórica de la propia institución.

Las inmatriculaciones realizadas por la **Iglesia Católica** en España constituyen un ejemplo significativo de esta acumulación de poder y patrimonio. Más allá de las particularidades jurídicas de cada caso, la polémica suscitada por la inscripción de numerosos bienes a nombre de la Iglesia plantea una cuestión de fondo: qué relación debe existir entre la misión evangélica, la propiedad y el poder institucional. No se trata únicamente de discutir sobre edificios o terrenos. Se trata de preguntarnos qué Iglesia queremos cuando una institución que proclama la prioridad de los pobres y de los excluidos dispone, al mismo tiempo, de un patrimonio considerable y de importantes mecanismos de poder. La cuestión patrimonial forma parte del debate más amplio sobre el modelo de Iglesia que hemos construido.

Ante esta realidad somos conscientes de la enorme desproporción entre la magnitud de los problemas y nuestros recursos. No disponemos de grandes medios económicos o de comunicación. Nuestros instrumentos son modestos: este **Boletín**, nuestra página web, nuestras reuniones y nuestra capacidad para compartir ideas y mantener abierto un espacio de reflexión crítica. Pero la pequeñez de nuestros medios no puede justificar la pasividad. La **Teología de la Liberación** nos invita a partir de la realidad y a actuar desde las posibilidades concretas de las que disponemos. No podemos resolver por nosotros mismos problemas que nos superan, pero sí podemos contribuir a denunciarlos, analizarlos y mantener viva la conciencia de que las cosas pueden y deben cambiar.

Esa es también nuestra manera de afrontar el potente aparato ideológico que sostiene el sistema dominante en la sociedad y en la Iglesia. No podemos competir con quienes disponen de grandes recursos económicos, institucionales y comunicativos, pero sí podemos utilizar nuestros modestos medios para cuestionar lo que se presenta como inevitable, recuperar el mensaje liberador de Jesús y ofrecer otra manera de entender el cristianismo. Comenzamos así este nuevo curso conscientes de nuestras limitaciones, pero también de nuestra responsabilidad. La magnitud de la tarea no debe llevarnos a renunciar a ella. Si creemos que el Evangelio reclama una sociedad más justa y una Iglesia más fiel al proyecto de Jesús, nuestra obligación es contribuir a ello desde el lugar que ocupamos y con los medios de que disponemos.

Ese es el compromiso que queremos renovar: continuar reflexionando, y dando testimonio. Con nuestro **Boletín**, con nuestra página web (<https://cristianosdebasedegijon.com/>) . Son instrumentos modestos frente a un sistema poderoso, pero constituyen los medios concretos que tenemos para mantener viva nuestra vocación de contribuir, desde la **Teología de la Liberación**, a la construcción del **Reino de Dios** en la sociedad y en la Iglesia.



En su provocativo e iconoclasta libro ***Fronteras de clase. Desigualdad, inmigración y ciudadanía en el Estado capitalista***, la politóloga albanesa Lea Ypi afirma que **la ciudadanía no es un derecho igualitario**. “Incluso en las sociedades democráticas - escribe-, la ciudadanía se compra, se hereda o se otorga. Nunca es verdaderamente accesible para todos”. En el Estado capitalista, que Ypi define como un instrumento de dominación, la ciudadanía es exclusiva y excluyente.

Unas vidas valen más que otras y algunas carecen de valor. No es solo inhumanidad, sino crueldad de los tecno-oligarcas, los plutócratas, los señores tecnofeudales, los regímenes autoritarios y el necro-capitalismo: todos coaligados rompen los lazos sociales, comunitarios y cívicos, convierten al ser humano en un lobo para el ser humano y deciden quién debe vivir y quién tiene que morir.

Un ejemplo reciente de crueldad que estamos viviendo **entre la indignación y la impotencia es la muerte de 145 personas, en su mayoría jóvenes, en el intento de llegar a Ceuta a nado** para conseguir una vida digna, que no encontraban en sus países. Han muerto en el más absoluto anonimato, sin ceremonias de despedida, sin ser velados, sin un minuto de silencio.

Antonio Maíllo, diputado del Parlamento andaluz, pidió a la presidenta que se guardara un minuto de silencio por los 145 muertos y su respuesta fue un frío e insensible “me lo pensaré”, cuando se esperaba que su respuesta, desde la compasión con las víctimas, fuera atender de inmediato y sin vacilación la petición del parlamentario como muestra de solidaridad institucional del órgano de representación del pueblo andaluz.

¿Quién recuerda a estas personas muertas? ¿Quién las llora? ¿Quién les devuelve la dignidad anegada en el mar? ¿quién las vela? ¿Quién siente compasión por su pérdida? ¿Qué se condeule? ¿Quién consuela a las familias? ¿Quién repara tamaña y definitiva ausencia? Ni siquiera se las reconoce como ciudadanas porque son “extranjeras” y pobres”. Peor aún, se las considera “invasoras”, “bárbaras”. ¡Ni invasoras ni bárbaras! A juzgar por la estrecha política de fronteras y de nuestra actitud insolidaria, creo que los bárbaros somos nosotros.

A ellas se las considera “desechos, ‘sobrantes’” -en feliz expresión del papa Francisco en su Exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*-, a quienes previamente “la cultura del descarte” había excluido de la ciudadanía.

En el seno de las religiones se han perdido también los lazos comunitarios. Pérdida que se encubre bajo un lenguaje de hermandad. Las religiones se conforman con frecuencia como organizaciones jerárquico-piramidales y patriarcales, que no cultivan los vínculos fraterno-sororales, sino las relaciones clientelares. Funcionan, a veces, como **clubes selectivos, exclusivos y discriminatorios de las personas creyentes** que disienten del pensamiento religioso oficial, se rebelan contra el autoritarismo y la desigualdad reinante y transgreden conscientemente las orientaciones de sus jerarquías que consideran injustas.

Se estructuran como clubes que marginan a las mujeres y las excluyen del ámbito de lo sagrado y de los espacios de responsabilidad donde se toman las decisiones de obligado cumplimiento, algunas de ellas contra las mujeres. **Discriminan a los colectivos LGTBIQ+ y condenan los matrimonios igualitarios** porque no se atienen a la heteronormatividad y a la binariedad sexual que impone rígidamente el patriarcado religioso y se consideran de institución divina.

Son clubes que no suelen fomentar el nacimiento de comunidades igualitarias, abiertas y respetuosas de la diferencia, ni una ciudadanía activa, sino que reproducen la institución. Se trata de instituciones donde el poder es detentado y ejercido al modo patriarcal por varones que se consideran personas sagradas, representantes únicos de la divinidad, funcionarios de Dios y controladores en exclusiva del *sancta sanctorum*, del mundo de lo sagrado.

Lo describió muy bien y criticó con una sólida argumentación teológica el teólogo brasileño **Leonardo Boff en *Iglesia: carisma y poder* (Sal Terrae, 1982)**, un libro por el que el autor fue procesado y condenado por la Congregación de la Doctrina de la Fe, entonces presidida por el cardenal Josep Ratzinger, quien fuera su profesor y mecenas y luego le condenó a un tiempo de silencio en que no pudo escribir, ni impartir docencia. La prohibición, que cumplió escrupulosamente, le fue levantada creo que nueve meses después.

Hay, con todo, en las religiones **brotos verdes primaverales que se traducen en experiencias comunitarias** donde se fomentan los valores de la fraternidad-sororidad, la memoria subversiva de las víctimas, la democracia interna, la igualdad de género, el compartir, el respeto a las diferencias étnicas, culturales, de género, de identidad sexual, y la solidaridad con las personas más vulnerables, los colectivos empobrecidos, las clases sociales explotadas y los pueblos oprimidos. Son personas y colectivos que contribuyen a construir una ciudadanía cosmopolita fundada en los valores comunitarios, el cuidado mutuo, la esperanza compartida y la democracia activa, participativa y de base.

La pérdida de los valores comunitarios en el cristianismo y el avance del individualismo fomentado por el neoliberalismo, que está quebrando el tejido social, deteriorando la democracia y negando los valores originarios del cristianismo, han llevado a la Asociación de Teólogos y Teólogas Juan XXIII y a numerosos colectivos

cristianos de base a celebrar el 45 Congreso de Teología *on line* con el tema **CREAR COMUNIDAD, CONSTRUIR CIUDADANÍA, del 11 al 13 de septiembre.**

En él haremos una rigurosa reflexión interdisciplinar con el apoyo de especialistas en sociología, ecología, antropología, filosofía, teología, ciencias políticas y jurídicas, estudios bíblicos, que ofrecerán claves de análisis crítico de la situación y propuestas alternativas de comunidades solidarias y de una ciudadanía global inclusiva, donde todas las personas seamos *de facto*, y no solo *de iure*, sujetos de derechos y deberes.

Esperamos también que el Congreso aporte nuevas perspectivas hermenéuticas para recomponer las costuras de un mundo roto por la injusticia estructural, la quiebra del orden internacional, la violencia de género, el colonialismo, el necrocapitalismo, la depredación de la naturaleza, el xenofobia, el racismo aporofóbico, los fundamentalismos, el belicismo como único recursos para resolver los conflictos y el cristoneofascismo, nueva religión con cada vez más seguidores, como viene apreciándose en las sucesivas elecciones que están entregando el poder a dirigentes “cristianos” fundamentalistas al grito blasfemo de “¡Viva Cristo Rey!” .

El Congreso no surtirá un efecto inmediato, cual si se tratara del bálsamo de Fierabrás, del que habla Cervantes en *El Quijote*, pero contribuirá, sin duda, a poner las bases antropológicas, filosóficas, éticas, políticas y religiosas para recuperar la dimensión relacional-compasiva de los seres humanos y reconstruir las relaciones sociales horizontales en la sociedad y en las religiones.

Y, en el caso del cristianismo, **esperamos sirva para recomponer la comunidad de iguales del movimiento de Jesús de Nazaret**, en el que, como afirma la teóloga Elisabeth Schüssler Fiorenza, las mujeres no ocuparon un lugar periférico y marginal, sino un protagonismo “de la mayor importancia para la praxis de la solidaridad desde abajo”.

Ayudará, asimismo, a **huir de la crueldad de los sistemas de dominación** que destruyen los vínculos cívicos y operan con la dialéctica amigo-enemigo sembrando por doquier el odio, la intolerancia, la venganza, la violencia y el nacionalismo excluyente bajo la consigna de la “prioridad nacional”, que es, en realidad, una limpieza étnica, religiosa y social, y se encuentra en las antípodas de “crear comunidad y construir ciudadanía”.

A pesar de los nubarrones insolidarios individualistas, antisociales y anticomunitarios que se ciernen en el horizonte, este Congreso no quiere caer en el pesimismo inactivo, que nos convertiría en cómplices y añadiría más leña al fuego del aislamiento y del desconocimiento de las otras y de los otros.

Quiere invitar a la esperanza, que no es confianza ciega, sino esperanza-en-acción, esperanza en la construcción de Otro Mundo Posible con una ciudadanía que reconoce a las otras y los otros como iguales en las diferencias y una comunidad donde trabajar y construir juntos el futuro bajo la guía de la justicia y la paz desde la conciencia de ser diferentes. Igualdad y diferencia que no desemboquen en desigualdades, sino en comunidades donde la polifonía relacional sea una riqueza de lo humano y de las religiones.

Juan José Tamayo



Cuando la tradición eclipsa el Evangelio.

Para entender el mensaje de Jesús de Nazaret hay que situarlo en su contexto histórico. En el siglo I, la religión judía estaba dominada por una serie de normas muy estrictas sobre lo que era puro e impuro, y sobre lo que se podía o no hacer en días sagrados. Frente a ese entorno, Jesús pronunció una frase que supuso una verdadera revolución: *«Misericordia quiero, y no sacrificio»* (tomada del profeta Oseas).

Lo que Jesús planteó es un cambio radical de perspectiva: cuando una costumbre, por antigua, sagrada o venerable que sea, entra en conflicto con la dignidad humana, la justicia o el cuidado de la vida, esa costumbre pierde todo su valor. Jesús no pretendía fundar un nuevo sistema de obligaciones ni una nueva burocracia religiosa. Su mensaje era mucho más directo: Dios se relaciona con la humanidad como un Padre cercano, todas las personas son hermanas entre sí y la única forma auténtica de responder a Dios no son los ritos complejos, sino el amor, la empatía y la ayuda mutua.

Sin embargo, a lo largo de sus dos mil años de historia, el cristianismo fue construyendo una enorme arquitectura de tradiciones, ceremonias, leyes internas, títulos y estructuras institucionales alrededor de ese mensaje inicial. Muchas de esas formas surgieron en épocas pasadas para responder a necesidades concretas de cada siglo y pueden tener un valor cultural o artístico. El problema grave aparece cuando la herramienta se convierte en el fin; es decir, cuando la estructura que se creó para transmitir el Evangelio termina por taparlo.

Para comprender esta idea, conviene usar la metáfora de un eclipse solar. Durante un eclipse, la Luna no destruye al Sol, pero se interpone exactamente entre él y nosotros, impidiendo que nos llegue su luz y su calor. Con las enseñanzas de Jesús —principios tan claros como *«ama a tu prójimo»*, *«perdonad a quien os ofenda»* o *«los últimos serán los primeros»*— ocurre algo similar. Su mensaje sigue estando ahí, intacto en los textos, pero con el paso de los siglos se han ido acumulando encima tantas capas de tradiciones humanas que la luz original ha quedado oscurecida. La paradoja histórica es que la propia Iglesia, nacida para dar a conocer a Jesús, puede terminar convirtiéndose en el principal obstáculo para que la gente entienda su mensaje. Esto no significa que toda tradición sea mala por definición; el error consiste en confundir las costumbres hechas por los hombres en un momento histórico concreto con la voluntad eterna de Dios.

Jesús no rechazó la tradición de su pueblo, pero cuestionó frontalmente las interpretaciones religiosas que hacían sufrir a la gente. En su tiempo, el cumplimiento

del reposo del sábado era tan rígido que a menudo impedía curar a un enfermo o aliviar a quien sufría. Ante esto, Jesús pronunció otra frase fundamental: **«El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado»**.

Con esto estableció una regla de oro: las instituciones y las leyes religiosas están para servir a los seres humanos, y no los seres humanos para ponerse al servicio de las instituciones. Y Jesús no se quedó en las palabras, sino que lo demostró con hechos que en su época eran escandalosos: rompió las barreras de «impureza ritual» tocando a enfermos marginados (como los leprosos), comió con personas rechazadas por la sociedad y puso en el centro a quienes la religión oficial descartaba. Para Jesús, la pregunta clave ante una norma no era si se había cumplido la letra de la ley, sino qué fruto producía en la realidad: si ayudaba a hacer más libre a la persona o si se utilizaba para juzgarla, controlarla y condenarla.

Con el paso de los siglos y la expansión del cristianismo por el Imperio romano y la Edad Media, el criterio original de Jesús se fue diluyendo en cinco grandes ámbitos:

Las devociones a los santos y a la Virgen: Con el tiempo, surgieron múltiples prácticas piadosas populares. Aunque muchas nacieron de la fe sincera, en la práctica a menudo degeneraron en una relación utilitaria con lo divino: rezar o hacer una promesa a un santo esperando recibir un favor a cambio, casi como un intercambio comercial. Cuando estas devociones se convierten en el centro de la vida religiosa, terminan desplazando lo esencial. Resulta contradictorio ser muy devoto de una imagen y, al mismo tiempo, mostrar indiferencia o rechazo ante el sufrimiento del vecino. Para la enseñanza de Jesús, el indicador de la fe no es el número de velas que se encienden, sino cómo se trata a los demás.

La estructura del poder y la jerarquía: Jesús fue un predicador itinerante que no diseñó cargos de poder, vestimentas ostentosas, títulos de honor ni protocolos palaciegos. Cuando sus seguidores discutían por quién era el más importante, él dejó clara cuál debía ser la estructura: **«El que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro servidor»**, e incluso realizó el gesto de lavarles los pies, un trabajo reservado a los sirvientes más humildes. Por eso resulta tan chocante en la historia que una comunidad nacida de ese gesto terminara construyendo con los siglos una institución rodeada de palacios, privilegios de Estado y figuras de poder absoluto. Desde la perspectiva del Evangelio, la única autoridad legítima en la Iglesia es la que se ejerce mediante el servicio humilde.

El legalismo y la «casuística»: Tras la época del Nuevo Testamento, la teología cristiana desarrolló un sistema enormemente detallado de leyes, categorizaciones minuciosas del pecado (lo que en teología se llama casuística) y listas de méritos para «ganar» el cielo o evitar el infierno. Este enfoque transformó la religión en una herramienta de control de las conciencias por medio del miedo y la culpa. La preocupación del creyente dejó de ser la pregunta amplia y generosa: «¿cómo puedo amar y ayudar más a los demás?», para convertirse en un cálculo defensivo: «¿hasta qué punto exacto puedo llegar sin cometer un pecado o incumplir una regla?».

Las fórmulas teológicas y los dogmas: A lo largo de los siglos III, IV y posteriores, la Iglesia tuvo que convocar concilios para definir con precisión matemática sus

creencias (los dogmas) frente a distintas corrientes de pensamiento y controversias de la época. Sin embargo, esas explicaciones teológicas, redactadas con un lenguaje filosófico abstracto y complejo, quedaron muy lejos del lenguaje sencillo, basado en parábolas y ejemplos de la vida cotidiana en el campo, con el que Jesús hablaba del Reino de Dios. Esto generó un fenómeno paradójico: personas capaces de repetir de memoria y de forma impecable todas las doctrinas oficiales, pero que en su vida diaria actuaban de forma egoísta e insolidaria; y, al mismo tiempo, personas con muchas dudas sobre la teología pero completamente entregadas a la causa de la justicia y al auxilio de los necesitados.

La absolutización de los ritos (la liturgia): La belleza de la música sacra, los lenguajes antiguos como el latín o las vestimentas solemnes pueden ayudar a crear una atmósfera de recogimiento. Sin embargo, los ritos no son el corazón de la fe. Una comunidad puede celebrar una ceremonia estéticamente perfecta y, al mismo tiempo, permanecer completamente ciega ante la pobreza que hay a sus puertas. Lo relevante de un acto de culto no es la perfección de la forma externa (el idioma utilizado, el tipo de ornamento o hacia dónde se orienta el altar), sino si esa experiencia transforma por dentro a quien participa para hacerle una persona más compasiva en el día a día.

Ante este recorrido histórico, ser fiel al mensaje cristiano no consiste en conservar sin espíritu crítico todo lo que se ha heredado simplemente argumentando que **«siempre se ha hecho así»**. Utilizar la costumbre como excusa impide la renovación y el cambio que cada época exige.

La Iglesia necesita realizar una revisión constante de su propia herencia para saber distinguir entre la memoria viva que ayuda a seguir el ejemplo de Jesús y aquellas costumbres históricas que se han vuelto un peso o una barrera. El gran reto del cristianismo en el mundo contemporáneo no se sitúa en los debates sobre cómo hacer las ceremonias ni en la redacción de nuevos reglamentos, sino en el terreno de la ética y la vida real.

En el pasaje del Evangelio de Mateo (capítulo 25) donde se describe simbólicamente el «juicio final», el criterio para evaluar la vida de las personas no es si asistieron a muchas ceremonias o si conocían la teología, sino algo profundamente concreto: ***«Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me acogisteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme»***.

El mensaje original de Jesús no necesita que se le añadan más reglamentos, títulos honoríficos ni devociones secundarias; necesita ser escuchado en su sencillez y puesto en práctica. Ningún rito, ninguna norma ni ninguna jerarquía pueden situarse por encima del valor de la persona humana ni del deber del amor. Cuando la estructura religiosa se pone por delante para defender sus propios intereses o su prestigio, deja de ser una ventana transparente por la que entra la luz y se convierte en un muro que la bloquea. La verdadera reforma de la fe no consiste en seguir agregando elementos a la institución, sino en retirar progresivamente todo lo que se ha ido colocando delante de Jesús para permitir que su mensaje vuelva a verse con total claridad.

EL AUTISMO EPISCOPAL



En el debate público contemporáneo suele surgir una perplejidad recurrente ante la aparente desconexión con la que algunos miembros de la alta jerarquía católica perciben e interpretan los cambios sociales. Lo que a ojos del espectador común se percibe como un encierro en un universo propio, alienado de las tensiones cotidianas del ciudadano de a pie, responde en realidad a dinámicas institucionales, sociológicas y teológicas profundamente arraigadas a lo largo de los siglos. Esto no es raro, ya que el autismo tiene distintos grados y formas, y hoy muchos líderes mundiales tienen rasgos autistas.

Para comprender la brecha entre la jerarquía y la sociedad civil, diversos sociólogos y teólogos apuntan al concepto de "**clericalismo**", una cultura institucional centrada en el estatus autorreferencial del clero. Desde edades tempranas, **el modelo de formación** en seminarios **aparta a los candidatos de las dinámicas comunes del mundo** laboral, familiar y financiero. Este aislamiento progresivo moldea marcos conceptuales abstractos que priorizan la norma sobre la vivencia real de la gente.

A esta formación aislada se suma una estructura de gobernanza estrictamente vertical. A diferencia de las instituciones modernas basadas en la representatividad y la rendición de cuentas, el episcopado opera en un sistema cooptativo donde el laicado ejerce un rol meramente consultivo. Sin la necesidad de responder directamente ante las demandas directas de la comunidad, disminuye el incentivo para adaptar los discursos o cuestionar las formas tradicionales de autoridad.

Por otro lado, existe una tensión fundamental entre la misión que la Iglesia se asigna a sí misma y el ritmo de la modernidad. Desde la perspectiva episcopal, el obispo es un custodio de "verdades eternas" inmutables, lo que choca frontalmente con una sociedad civil que avanza con rapidez en materia de diversidad, derechos individuales y dinámicas familiares. Al privilegiar la doctrina dogmática por encima de la experiencia empírica, el discurso eclesiástico termina utilizando códigos y lenguajes que la sociedad percibe como anacrónicos.

Incluso dentro de la propia institución, esta "autorreferencialidad" ha sido identificada como un problema central. **El papa Francisco ha advertido en reiteradas ocasiones sobre el peligro de una Iglesia "enferma por encerrarse en sí misma"**, impulsando el concepto de *sinodalidad* —un modelo de mayor escucha y participación— para intentar dismantelar el clericalismo.

La distancia que proyectan ciertos sectores del episcopado no responde a una condición particular, sino a la inercia de un sistema diseñado para preservar la tradición, donde el aislamiento del entorno se ha convertido, paradójicamente, en un mecanismo de autoprotección institucional. **Esto genera nuevas generaciones de obispos que parecen autistas.**

Guillermo José Parrales



Teoplanismo: cuando la inseguridad aplan a Dios

Hace algunos años escribí en estas páginas sobre los nuevos «terraplanismos»: negacionismos científicos, conspiracionismos, populismos de mercado y otras expresiones de una cultura que, decepcionada de las instituciones y desconcertada ante un mundo cada vez más complejo, sustituye la incertidumbre de lo real por certezas emocionales más fáciles de administrar. No es solo ignorancia. Hay detrás un sesgo tóxico con la realidad: "solo es verdadero lo que confirma lo que ya pienso".

El teoplanismo designa un fundamentalismo que construye una única manera válida, uniforme y cerrada de concebir a Dios y a la Iglesia. El teoplanista necesita respuestas inequívocas para preguntas complejas y experimenta la pluralidad teológica, el desarrollo doctrinal, el discernimiento pastoral e incluso determinadas enseñanzas del Magisterio contemporáneo como amenazas contra una verdad que considera ya perfectamente delimitada.

No necesariamente son personas perversas ni fanáticos sin remedio, tampoco nosotros estamos libres de posturas obsesivas. Detrás de la agresividad digital puede existir una inseguridad espiritual, cognitiva o afectiva que busca en cierta religión, el territorio seguro que no encuentra en el resto de la existencia. Nuestra relación con la verdad puede enfermar cuando dejamos de considerarnos sus servidores para convertirnos en propietarios.

Cuando creer se convierte en estar seguro

¿Cómo puede alguien defender apasionadamente la fe y, simultáneamente, sospechar del Papa, del Concilio, de la teología, de la ciencia o de cualquier interpretación que introduzca matices en sus convicciones?

Para terraplanista ninguna evidencia consigue refutarlo definitivamente, porque la evidencia contraria es conspiración. Toda refutación y evidencia lo retroalimentan. Algo parecido ocurre con el teoplanismo. La realidad ya no interroga nuestra fe porque disponemos previamente de una explicación religiosa blindada frente a ella. No existe la fecunda relación fe-razón acuñada por el pensamiento católico durante siglos. Cuanto mayor es la contradicción exterior, más se aferra a la pertenencia a una minoría "auténtica".

De ahí la preferencia por una religión casi contable: normas perfectamente identificables, méritos, castigos, formulaciones intocables, autoridades escogidas y respuestas rápidas. El misterio es incómodo porque no se deja controlar; el discernimiento irrita porque necesita tiempo; la sinodalidad desconcierta porque obliga a escuchar; y una Tradición viva resulta más arriesgada que un depósito convertido imaginariamente en almacén de respuestas terminadas.

Paradójicamente, **se busca seguridad en Dios y se termina reduciendo a Dios al tamaño de nuestras seguridades.**

Un Dios sin Encarnación

Aquí el concepto puede dar todavía un paso más. El problema del teoplanismo no es únicamente psicológico o eclesiológico. En último término es **cristológico**.

«El Verbo se hizo carne» (Jn 1,14) significa que el cristianismo no puede construir una trascendencia huyendo de la historia. El Dios cristiano no nos salva en una torre protegida desde la cual juzgar la confusión del mundo. Entra en ella. Tiene cuerpo, pueblo, relaciones, conflictos y víctimas delante de sus ojos. Nace en una periferia, toca impuros, conversa con extranjeros, coloca niños en el centro, come con pecadores y termina ejecutado fuera de las murallas.

Por eso la Encarnación es incompatible con cualquier teoplanismo que **impide hablar de Dios sin cuerpos, de salvación sin historia, de pecado sin víctimas, de propiedad sin pobres, de nación sin extranjeros, de mérito sin dones recibidos y de libertad sin responsabilidad hacia los demás.**

He sostenido otras veces que el Reino de Dios puede entenderse como **la realidad curada y ampliada por Jesús**. La fe no disminuye la realidad hasta conseguir que encaje en nuestra ideología; ensancha nuestra mirada para superar miedos y egoísmos. El samaritano no elaboró primero una teoría sobre el hombre caído junto al camino. Se dejó interrumpir por su existencia. Una presencia vale más que mil ideas.

Cuando el teoplanismo entra en política

Por eso tampoco sorprende la convergencia entre determinados integrismos religiosos y algunos populismos contemporáneos. No significa que todo conservador sea integrista ni que cualquier discrepancia con posiciones eclesiales dominantes constituya fundamentalismo. Sería fabricar otro teoplanismo de signo contrario. La afinidad aparece cuando se comparte una **epistemología de la sospecha y una antropología del miedo**.

La lista negra del terra/teo planista "no deja títere con cabeza": el científico pertenece al sistema; el periodista manipula; el inmigrante invade; las vacunas producen autismo; el ecologista amenaza nuestro bienestar; el pobre pretende vivir del esfuerzo ajeno; las organizaciones internacionales conspiran y hasta el Papa resulta sospechoso cuando insiste en migrantes, justicia social, ecología o límites morales del mercado. Pero quien comenzó rebelándose contra todas las autoridades termina víctima de nuevos mesianismos.

Entonces aparecen los **caballos de Troya religiosos**: vida, familia, patria, libertad, tradición, civilización cristiana son un señuelo para caer en manos de los nuevos mesías. Y **cuando el autoritarismo se hace con el poder, ya nada lo detendrá** y siempre tendrá excusas para avasallar la dignidad humana.

Ya lo decía Francisco: detrás de alguien rígido siempre hay un hipócrita. La lista lo confirma: se protege la vida prenatal mientras la vida del migrante queda reducida a cuestión policial; se proclama la familia mientras se acepta una economía que dificulta dramáticamente formar y sostener familias; se reivindican las raíces cristianas de Europa mientras incomoda recordar que el extranjero pertenece al corazón de la revelación bíblica. Y cuando la Doctrina Social de la Iglesia habla de bien común, solidaridad, salario digno, destino universal de los bienes o límites del mercado, ocurre el pequeño prodigio teoplanista: **la doctrina de la propia Iglesia es “comunista”**.

No derrotar, sino acompañar

Al teoplanista difícilmente se lo derrota en una discusión. La controversia, especialmente en las redes, refuerza precisamente el mecanismo defensivo que pretendíamos desmontar. Si debajo de la rigidez existe miedo, inseguridad o alguna herida, la humillación intelectual sólo construirá murallas más altas.

Esto no significa renunciar al debate teológico ni aceptar el fundamentalismo. Significa recordar que **la verdad cristiana no se impone con violencia**, ése error ya lo cometió la Iglesia con sus inquisiciones, cruzadas de cátaros, albigenses, protestantes, etc. Acompañar, escuchar, establecer vínculos y esperar el momento de la palabra adecuada puede resultar mucho más evangélico que coleccionar victorias dialécticas.

Todos podemos ser cómplices de "teoplanismos", nadie está completamente inmunizado contra la tentación de fabricar un Dios que confirme nuestras posiciones. **Un mercado absolutizado necesita un dios que bendiga triunfadores; un nacionalismo excluyente, un dios propietario de fronteras; un autoritarismo, un dios obsesionado con el orden; y un clericalismo, un dios que sacralice jerarquías humanas.**

Pero esos dioses se parecen poco a Jesús de Nazaret.

La trascendencia cristiana no nos permite escapar de la historia. Nos devuelve a ella con mayor responsabilidad. Quizá por eso combatir el teoplanismo no consista en sustituir unas consignas por otras, sino en recuperar una inteligencia creyente capaz de escuchar, discernir y dejarse interpelar por la realidad; una fe suficientemente segura de Dios como para no necesitar estar seguro de todo.

Porque también existe un terraplanismo religioso: **mirar al cielo con tanta obstinación que dejamos de reconocer al herido tendido junto al camino.**

Y el Evangelio, con esa incómoda costumbre suya de devolvernos a la realidad, continúa preguntando:

«¿Cuál de estos tres te parece que fue prójimo?» (Lc 10,36).

Guillermo Jesús Kowalski



El silencio de los obispos ante las niñas migrantes de Ceuta contrasta con la fe que predicán y con los gestos públicos de tantos políticos católicos ahora.

Los miembros episcopales de la Iglesia católica romana que residen en España se han cuidado muy mucho de hacer saber a sus seguidores las obligaciones evangélicas que les afectan, individual y comunitariamente, en relación con la situación en Ceuta. Entre esos seguidores se encuentran no pocos políticos que alardean por variados motivos de su pertenencia orgánica al sistema visible e la religión católica que se predica de seguir los pasos en la tierra de Jesús de Nazaret. Clamoroso silencio episcopal. Salvo algún prelado despistado.

Uno de los políticos proclives a mostrar sus piedades públicas adornadas con llamativas vestimentas medievales aprovechando flujos turísticos cruceriles en la Costa del Sol, no es otro que el bienamado presidente de la Junta andaluza. Conocido por Juanma, en plan simpático.

El Nazareno ya avisó de la necesidad de compartir los bienes materiales y los espirituales con los heridos en la bajada de Jerusalén a Jericó aún no siendo nacionales del caminante que se encuentra con ellos.

Hay 500 niñas urgentemente necesitadas de protección y atención. La desastrosa, estulta y negligente atención del gobierno nacional, con mando único, y la vaivanesca política del fastuoso presidente de la asamblea ceutí las está haciendo objeto de vejaciones y miedos y con formas de vivir diario indignas.

El cofrade que se muestra con pasos al hombro de imágenes que no sienten, ni piensan, ni palpan, ni andan, se ha negado a aceptar menores de ninguno de los dos géneros existentes.

¿Razón?. Efecto llamada. A este político que cubre sus vergüenzas con ropajes cofradieros solo le suena una llamada: la del cornetín desórdenes del Tercio cuando llama a la cabra del regimiento para acompañar al Cristo de Mena, que no es, ni por soñación teológica episcopal, el Señor que condicionó la pertenencia a su comunidad a ayudar física y espiritualmente a los abandonados y abatidos.

Los señores obispos no han puestos sus palacios y residencias a disposición de esos niños pese a la infame gestión del gobierno de coalición de tanta tropelía desastrosa. Los cofrades los imitan.

Mientras los ricos musulimes del Oriente Medio traen sus regalos y sus dólares y joyas a la Costa del Sol y a Rodríguez Zapatero *sub specie aeternitatis*. !Qué rostro tallado por don Mariano Benlliure tienes, presidente!.

Alberto Revuelta Lucerga



Las noticias diarias nos abruman con un goteo constante de aranceles, sanciones, conflictos bélicos y tensiones electorales. Sin embargo, tras ese ruido mediático no hay simplemente una racha de crisis aisladas, sino un cambio tectónico en la arquitectura del poder mundial. El orden sobre el que se asentaron la prosperidad y la geopolítica del último siglo está cediendo el paso a un modelo distinto. La agresividad con la que reaccionan algunas potencias tradicionales no es necesariamente una prueba de fortaleza invencible, sino la respuesta de quienes perciben que el suelo bajo sus pies ha comenzado a moverse.

Para comprender este giro conviene observar cómo ha cambiado la naturaleza misma de la riqueza. Durante los últimos dos siglos, el poder estuvo ligado al control de los recursos materiales: yacimientos de petróleo, grandes bancos, rutas marítimas y ejércitos. Quien dominaba la energía y la infraestructura imponía las reglas del juego. Hoy, ese modelo basado en la mera posesión de recursos está alcanzando sus límites.

Estamos transitando de una economía de «poseer» a una economía de «saber». Los recursos naturales y el dinero siguen siendo indispensables, pero por sí solos ya no garantizan la hegemonía. El centro de gravedad del poder se ha desplazado hacia el conocimiento científico y la capacidad de convertirlo rápidamente en producción industrial a gran escala. La clave geopolítica ya no es qué extrae una sociedad de su subsuelo, sino quién diseña los semiconductores más avanzados, quién domina los algoritmos de inteligencia artificial y quién fabrica las baterías, redes eléctricas y tecnologías limpias del futuro.

El sector energético es el mejor ejemplo de esta transformación. El petróleo fue el gran motor geopolítico del siglo XX, pero la expansión de las energías renovables y los sistemas de almacenamiento está redibujando el mapa. Cuando un país despliega tecnología limpia a gran escala, no solo reduce sus emisiones: gana autonomía y reduce su dependencia exterior. China es el caso más claro: su enorme capacidad industrial le ha permitido liderar la fabricación de tecnologías clave para la transición energética. Mientras parte del pensamiento occidental continúa enfocado en el control de rutas petroleras y gasoductos, la competencia mundial se libra en la capacidad tecnológica para construir la economía del mañana.

Lo mismo ocurre con las materias primas críticas y las tierras raras, esenciales para producir desde motores eléctricos y baterías hasta robótica y armamento. En

la vieja economía bastaba con poseer la mina; en la nueva, el verdadero poder reside en la capacidad industrial de refinar, procesar y transformar esos minerales en productos de alto valor añadido. La ventaja de ciertos países no es sólo una ubicación geográfica, sino el resultado de décadas invirtiendo en infraestructura, tecnología y capacidad técnica.

En el terreno financiero vemos un fenómeno paralelo. Aunque el dólar estadounidense mantiene su posición dominante como principal moneda de reserva mundial, su hegemonía ya no es incuestionable. Cada vez más países, especialmente en el Sur Global, buscan alternativas para comerciar en sus propias monedas, diversificar sus reservas y desarrollar sistemas de pago independientes.

Esta transición explica la creciente agresividad comercial. La proliferación de aranceles, bloqueos y proteccionismo forma parte de una batalla por conservar posiciones de poder. Cuando una potencia comienza a perder ventaja relativa en productividad e innovación, tiende a recurrir con mayor intensidad a la presión política, financiera o militar para defender sus intereses.

La política exterior de Estados Unidos refleja con claridad esta tensión. La confrontación con China y las restricciones tecnológicas son la reacción de una potencia que busca conservar su posición privilegiada frente a un escenario menos favorable que el del período posterior a la Guerra Fría. China se ha consolidado en sectores industriales estratégicos mientras otras naciones reclaman mayor autonomía. Ante esto, Washington intenta evitar que la pérdida de terreno económico se traduzca en un declive irreversible de su influencia geopolítica.

Sin embargo, el recurso a la fuerza o la coerción no refleja un poder ilimitado; es la respuesta de un modelo al que le cuesta reproducir las condiciones de su antiguo dominio. Cuando una potencia ya no puede imponer las reglas mediante su superioridad económica o institucional, aumenta la tentación de recurrir a la presión y la amenaza.

Todo ello converge en la consolidación de un mundo multipolar. La época en la que las decisiones globales se tomaban en una sola capital o bajo una única alianza ha llegado a su fin. Actores como China, India, Brasil o las potencias del Golfo demandan espacio propio y tejen sus propias alianzas comerciales y estratégicas. La proliferación de sanciones y conflictos militares es la manifestación violenta de este cambio de era: cuando las normas diplomáticas del antiguo orden pierden utilidad para gestionar los desacuerdos, la coerción ocupa el lugar del consenso.

El riesgo principal es que la resistencia de las potencias tradicionales a compartir el poder convierta este reordenamiento en una amenaza estructural para la paz. A medida que las «líneas rojas» se vuelven borrosas y la lógica de bloques

sustituye al diálogo, aumenta el peligro de que una crisis local derive en una confrontación mayor.

Este reajuste global golpea de lleno al Sur Global y actúa como un motor directo de las migraciones. Las intervenciones geopolíticas, el extractivismo desigual, las sanciones y el impacto de la crisis climática desarticulan la economía y la sociedad de países enteros en África, América Latina y Oriente Medio. Cuando el desempleo, la inseguridad alimentaria, la violencia y la destrucción ambiental impiden una vida digna, la emigración se convierte en una necesidad de supervivencia. Existe una paradoja evidente: las potencias que impulsan políticas económicas o militares desestabilizadoras en la periferia son a menudo las mismas que después rechazan los flujos migratorios resultantes.

Al mismo tiempo, en las sociedades del Norte Global esta dinámica genera una sacudida interna. La desindustrialización, la pérdida de poder adquisitivo y el deterioro del Estado del bienestar alimentan el malestar de las clases trabajadoras. La sensación de que Occidente pierde terreno frente a otros actores genera miedo, frustración e incertidumbre sobre el futuro.

Esa brecha de descontento es el terreno fértil de la extrema derecha. En lugar de señalar las causas reales de la precariedad y la desigualdad, estos movimientos ofrecen respuestas simplistas y buscan chivos expiatorios. Presentan a los migrantes como una amenaza a la seguridad o al bienestar y prometen un retorno a la grandeza pasada mediante el nacionalismo, el autoritarismo y el cierre de fronteras.

Este rearme ideológico cumple una función clara: desplaza el conflicto. En lugar de cuestionar la concentración de la riqueza o el modelo económico, enfrenta a los sectores populares entre sí. Al mismo tiempo, facilita que la sociedad acepte un mayor gasto militar, la restricción de libertades y el endurecimiento de las fronteras en nombre de la seguridad.

El gran dilema del siglo XXI es decidir qué destino le daremos al nuevo recurso fundamental: el conocimiento. Puede organizarse como un bien común orientado a reducir la desigualdad, acelerar el bienestar colectivo y afrontar el desafío climático, o puede privatizarse y concentrarse en manos de un puñado de corporaciones y Estados para crear nuevas formas de monopolio y control.

Las guerras comerciales, la carrera armamentística, las fronteras militarizadas y el auge del autoritarismo no son hechos aislados. Son las fricciones inevitables de una transición histórica: un viejo orden que lucha por preservar sus privilegios y un mundo emergente donde el poder está más repartido y la capacidad tecnológica define quién lidera el futuro. La pregunta decisiva no es si el mundo va a cambiar —porque ya lo está haciendo—, sino bajo qué reglas se gobernará esa transformación y al servicio de quién estará.